

“La Cisma de Ingalaterra” y “Ana Bolena”

QUE un escritor se inspire en escritos de otro no es nada nuevo en la literatura; que, a veces, las inspiraciones sean más bien adaptaciones o refundiciones, tampoco. Fernando Calderón, romántico mexicano, se inspiró principalmente en la literatura romántica de España y de Francia. En ciertos casos tenemos fundadas sospechas, y en otros, pruebas de que se inspiró en ciertas obras de otras épocas, además de la romántica, y de otros países, fuera de los mencionados. Pero este trabajo no tiene por objeto precisar las fuentes de las obras de Fernando Calderón y Beltrán; ni siquiera de una sola de ellas. Se propone únicamente tomar como punto de partida *La cisma de Ingalaterra* de Calderón de la Barca, para ver de qué modo se sirvió de ella el autor mexicano para escribir su *Ana Bolena* y fijar la atención en ciertos caracteres románticos, añadidos en la obra mexicana, al tema de la obra española. Para tal estudio damos, pues, por sabido, que la obra española ya mencionada fué una de las fuentes más importantes de la obra mexicana.

Ya se sabe que los enemigos de algunos románticos españoles culpaban a éstos de buscar inspiración en ciertos elementos y personajes literarios trasplantados de Francia, cuando los había en su propia literatura del siglo de oro.

La obra mencionada de Calderón de la Barca, tenía elementos románticos; entre otros, el rey, muy a la manera de los románticos, por ser

Hombre fácil, y se ciega
Tanto, que si a querer llega,
No hay respeto ni interés
A que se rinda su amor.

(¿No era así la Leonor del *Trovador* de García Gutiérrez? Cuando llegó a querer a su Trovador ¿qué la detuvo?) ¿Y el rey de *Ana Bolena*? Pues el rey de *Ana Bolena* es parecido al rey de *La cisma*; pero no olvidemos que pertenece al siglo XIX, y no se va a contentar con definir su pasión en pocas palabras, como el del siglo de oro:

Puesto que mi albedrío
A quererte me fuerza...
Ya no es mío.

II, 10

sino que, por dar un desahogo a su corazón, tiene que decirnos que un impulso secreto, sobrehumano, un mágico poder irresistible lo arrastra, a él que domina la mar y que ahora inclina su frente a una débil mujer — mujer que deja de ser mortal para elevarse a la categoría de diosa. Tanto lo es, que él trocara todo su regio esplendor por el simple cayado de pastor, tan sólo por el “sí” de su Juana Seymour. ¿Quisiera ella saber más? Para su amor no hay comparación: ¡La ama como ama el ángel a Dios!

El ministro del rey, en *La cisma*, es cruel, artificioso, ambicioso y vengativo. No deja de fraguar ardides, para conseguir lo que más quiere en la vida: ser el próximo Papa. Y cuando resulta desilusionado, porque Carlos V ha preferido a su antiguo tutor, se acuerda de que la reina Catalina se ha mostrado airada con él, mientras que con todos los demás ha sido muy piadosa. Decide “ganarla de mano” y hacer que perezca ella y no él, ya que no quiere que sea la mujer que, según le ha dicho un astrólogo, ha de ser la causa de su destrucción. La caída de Catalina se produce, primordialmente, por el temor que el ministro, Volseo, tiene de perderse. A esta causa se añade la venganza del ministro, más bien contra Carlos V que contra la reina misma.

El ministro del rey de *Ana Bolena*, Cromwell, tiene tantos vicios como el de *La cisma*, con la diferencia de que todos se funden, acentuados, en uno: en el de la venganza. La reina lo insultó en público, una ocasión, y no se sentirá feliz hasta que la derribe del trono y la lleve al suplicio. Tiene, por consiguiente, el sentimiento de venganza una importancia digna de la acción única del drama; lo que no deja de recordar dramas característicos de la época, tales como *El trovador* (la venganza de la gitana) o *Los amantes de*

Teruel (la venganza de Zulima). Llamaremos, pues, a Cromwell "romántico" por su pasión desmedida.

La reina de *La cisma*, Catalina de Aragón, es una santa, digna de compasión religiosa. En *Ana Bolena* la reina es cruel, vana, egoísta, vengativa, arrogante y "ligera, sin la circunspección de una inglesa". Pero, no obstante sus faltas —las acusaciones por las cuales llega al cadalso son injustas, pues no son más que maquinaciones del vengativo ministro Cromwell—, no deja de inspirar simpatía humana. Además de esto, Ana sirve de eje en relación con los demás personajes románticos de la obra.

En *La cisma*, Ana Bolena, antes de casarse con el rey, quiere a Carlos, embajador francés. El padre se opone, al principio; pero en las relaciones nada hay de raro, porque los dos pertenecen a la misma clase social, y el enlace nada tiene de imposible. En *Ana Bolena* Smeton, simple cortesano, ama a la reina; lo cual es uno de tantos ejemplos de amor no sólo contrariado sino inalcanzable, y uno de tantos ejemplos de melancolía romántica, por parte de Smeton. Esta melancolía la expresa Smeton en soliloquios, en los que se queja de su fatídica estrella, y en la trova, en que se pinta él mismo como un humilde trovador que no tiene más que ofrecer. Esa trova, como lo sabe todo conocedor de la literatura romántica, sirve de ejemplo, en cambio, de otra tendencia de esa literatura: la de lo medieval.

En *Ana Bolena*, a quien ésta quiere, antes de casarse con el rey, es a Enrique Percy, duque de Northumberland. Pero Ana, ambiciosa, lo desprecia. Esto importaría poco, si no se sirviera el autor de este amor para darnos más elementos románticos. 1) Ya se sabe que el romántico se imagina en su mundo de ensueños; pero tarde o temprano llega el momento en que se halla frente a frente con la realidad, la cual es diferente. Lo común en estos casos, es suicidarse o retirarse del mundo. Enrique Percy opta por lo segundo:

Del mundo las ilusiones,
Y su falsedad huyendo
En mis tierras he vivido,
Donde no miro a lo menos,
La perfidia y las maldades
De que la corte es el centro.

Pero vuelve a la corte, dizque a anunciar la muerte de Catalina. (En *La cisma*, la infanta María es la que anuncia la muerte de su madre; pero con ella había estado desterrada; Enrique Percý no, que sepamos.)

2) Ya de vuelta Percý en la corte, sirve su amor por Ana de contraste con el amor pasional del rey por Juana Seymour. El suyo es amor ideal: se le ha nombrado juez para el proceso de Ana, su antigua amada, porque esperan que por haber sido despreciado de ella vaya a incriminarla. Hace enteramente lo contrario. A la manera de los caballeros de antaño que iban por el mundo enderezando entuertos, es el único que la defiende, aun cuando peligra con ello su vida.

3) Habiendo perdido el pleito, va Percý a consolar a Ana en la torre, donde hacen recuerdos de los días felices pasados: tema común entre los románticos.

4) Tan fuertes son las emociones de los dos, que su melancolía conduce a lágrimas: más romanticismo:

Aquí está Enrique; enjugará tu llanto:
Tu llanto es mío, si tu dicha no.

Acto v, cuadro I, esc. 5.

En las dos obras hay un sueño. *La cisma* empieza con un sueño que tiene el rey. Estaba escribiendo en defensa de los Siete Sacramentos, y en particular del matrimonio. Se queda dormido y sueña que se le aparece la hermosa figura de una mujer que no conoce. Tanto lo encandila esa deidad, que se confunde. Lo que escribe con la mano derecha, lo borra con la izquierda. Despierta: el sueño lo atormenta. Mayor es su asombro, cuando más tarde se entera de que la belleza con quien ha soñado no es otra que Ana Bolena, con quien termina por casarse, después de haber repudiado a Catalina. Este sueño sirve de presagio: Enrique causa el cisma en la religión que antes defendía y se casa con la belleza soñada.

El sueño de la protagonista, en *Ana Bolena*, sirve de presagio también. Ya sabe Ana que se la acusa de infiel. Se preocupa; sueña algo horrible, atormentador. Este sueño nada tiene de semejante, en cuanto al contenido, con el de *La cisma*; pero es un sueño característico de la época, vestido a la moda, con *torrentes de sangre, relám-*

pagos, truenos, rayos, funesto fragor, cráneo, manto de púrpura tornado en negro paño de muerte, hórrido estruendo, "tumba cavada", sudario fatal, etc., etc. ¿Se quiere algo más sepulcral?

Hay elemento religioso, en los dos dramas. En *La cisma*, por parte del rey: cuando defiende al Papa contra el protestantismo; por parte de la reina, Catalina: es virtuosa, santa, ejemplo de resignación cristiana. En *Ana Bolena* es en la reina donde se encuentran, principalmente, los sentimientos religiosos de resignación y de contrición. Hay también más ejemplos de elemento religioso, los cuales, aunque se parecen a algunos de *La cisma* en el contenido, no dejan de recordar al Zorrilla español, en la forma.

Hay aún más romanticismo: las acotaciones dramáticas se parecen a las acotaciones de los dramas románticos franceses y españoles.

Otras muchas semejanzas hay entre los dos dramas (entre los dramas de los dos Calderones) que no damos aquí, por no ser el propósito de este estudio.

Una palabra más: las dos obras, a mi parecer, no tienen el mismo interés, ni el mismo significado. La primera era de interés y sentimiento personal e histórico, tanto para el autor como para la sociedad a la cual se destinó, ya que Catalina de Aragón, hija de los Reyes Católicos, era tan española y tan católica como el espíritu de la España de la época; mientras que la segunda era, para México, de interés histórico, porque el tema tratado pertenece a la historia, y literario, porque se escribió como ensayo dentro de la corriente literaria que había triunfado ya en la literatura de España y de Francia, o sea de la corriente romántica. Lo esencial de la obra española no es para los españoles, ni para los que simpaticen con ellos, que el rey de Inglaterra haya repudiado a su mujer legítima, sino que esa mujer no fuera otra que Catalina de Aragón, hija, se repite, de Fernando e Isabel, y, además, tía del emperador Carlos V; ni tampoco lo es que ese repudio haya causado el cisma, sino que la religión fuera la católica, que el pueblo español tanto se esforzaba en guardar. En cambio, lo esencial de la obra mexicana es lo que en ella se ve de reflejos de la literatura europea de la época, y cuanto más se conoce esa literatura, mejor se entiende la obra. Hasta se advierten vislumbres de fuentes románticas concretas.

Hay que confesar, sin embargo, que aunque nada se sepa de corrientes literarias, gusta la obra por los sentimientos que en sus

varios aspectos, leyéndola o viéndola representada, se experimentan. El apasionado y correspondido, véase en el rey; el apasionado sin esperanza, véase en Smeton; el del amor desinteresado, véase en Enrique Percy; el cruel y vengativo, véase en Cromwell; el acusado injustamente, véase en Ana Bolena.

Creemos inútil tratar de explicar la razón por la cual escribió Calderón y Beltrán su *Ana Bolena*. Si lo hiciéramos y viviera el autor, le daríamos, sin duda alguna, motivo para reír. Sin embargo, no podemos menos de recordar al lector que Shakespeare trató el tema en su *Enrique VIII*, como Dumas en su *Catherine Howard*. Bretón de los Herreros escribió un drama sobre otra inglesa, María Estuardo, y Tirso de Molina había escrito la *Próspera fortuna de don Alvaro* y la *Adversa fortuna de don Alvaro de Luna*. En la primera escena del cuarto acto, dice Cromwell (*Ana Bolena*):

¡La suerte de un favorito
Suele ser tan pasajera!

Pues bien —diría Calderón y Beltrán—, ¿por qué no escribir la segunda parte de *La cisma de Ingalaterra* (la *Próspera fortuna de Ana Bolena*), porque Ana

Debe pagar lo que hizo
A nuestra pasada reina,
La que gime en el retiro
De Haptill. ¡Pobre Catarina
De Aragón! Pero el castigo
Caerá sobre Ana Bolena.

(*Ana Bolena*: I, 1).

¿Por qué no, repetimos, ya que el tema pertenece a la historia y a la literatura, y además, es fácil de desarrollar porque se presta bien a la invención?

PABLO AVILA,
University of California,
Santa Barbara, California.